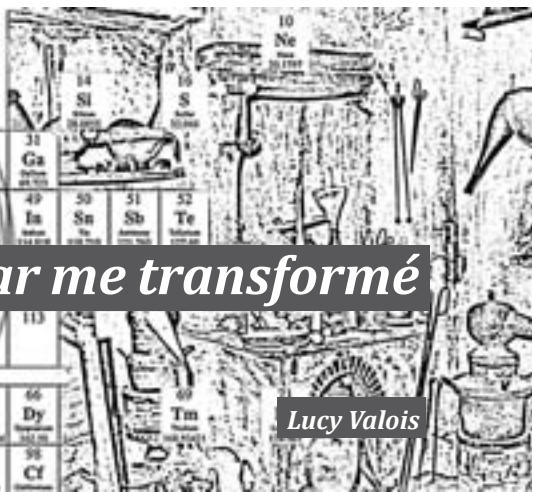


3 Li Lithium 6.941	4 Be Beryllium 9.0122														
11 Na Sodium 22.989769	12 Mg Magnesium 24.304														
19 K Potassium 39.0983	20 Ca Calcium 40.078	21 Sc Scandium 44.955912	22 Ti Titanium 47.88	23 V Vanadium 50.9415	24 Cr Chromium 51.9961	25 Mn Manganese 54.938044	26 Fe Iron 55.845	27 Co Cobalt 58.933195	28 Ni Nickel 58.6934	29 Cu Copper 63.546	30 Zn Zinc 65.38	31 Ga Gallium 69.723			
37 Rb Rubidium 85.4678	38 Sr Strontium 87.62	39 Y Yttrium 88.905848	40 Zr Zirconium 91.224	41 Nb Niobium 92.90638	42 Mo Molybdenum 95.94	43 Tc Technetium 98	44 Ru Ruthenium 101.07	45 Rh Rhodium 102.9055	46 Pd Palladium 106.3631	47 Ag Silver 107.8682	48 Cd Cadmium 112.411	49 In Indium 114.818	50 Sn Tin 118.710	51 Sb Antimony 121.757	52 Te Tellurium 127.6
55 Cs Cesium 132.90545196	56 Ba Barium 137.327	57 La Lanthanum 138.90547	58 Ce Cerium 140.12	59 Pr Praseodymium 140.90766	60 Nd Neodymium 144.242	61 Pm Promethium 144.9127	62 Sm Samarium 150.36	63 Eu Europium 151.964	64 Gd Gadolinium 157.25	65 Tb Terbium 158.92534	66 Dy Dysprosium 162.5001				
87 Fr Francium 223	88 Ra Radium 226	89 Ac Actinium 227	90 Th Thorium 232.0377	91 Pa Protactinium 231.03688	92 U Uranium 238.02891	93 Np Neptunium 237	94 Pu Plutonium 244	95 Am Americium 243	96 Cm Curium 247	97 Bk Berkelium 247	98 Cf Californium 251				

Buscando transformar me transformé

Lucy Valois



Siempre es el momento apropiado para hacer lo que es correcto-

Martin Luther King

Siento el aire fresco de la mañana rozando con fuerza mi piel, el sonido de los pájaros como una dulce melodía llena el ambiente y el sol resplandeciente ilumina todo mi ser. Una amplia sonrisa se dibuja en mi rostro. Los recuerdos brotan en mi mente. No son buenos ni malos, simplemente son parte del pasado, parte de un camino construido en busca de un sentido, de una razón de ser.

Una mañana de diciembre de 2003 llegué a la universidad donde había trabajado durante los últimos siete años. En las oficinas del Departamento de Química me encuentro con un compañero, Luis Enrique, uno de los profesores de Química Orgánica.

— ¿Lucía, cómo estás? ¿Por qué no estuviste en la reunión para la asignación de la carga académica del año entrante?

Este corto saludo fue suficiente para enterarme de que me había quedado sin trabajo. Eran situaciones frecuentes en esa época, ya que en las universidades muchos de los profesores teníamos contratos de hora cátedra y en cualquier semestre podía ocurrir la despedida, por lo general por falta de estudiantes en los cursos programados o por cambios en los programas de las diferentes carreras. En el camino hacia mi casa, después de recibir esta noticia, observé las instalaciones del Instituto Técnico Industrial Centro Don Bosco. De inmediato recordé que desde que hacía varios años había querido tener la experiencia de ser maestra en un colegio. “Esta es la oportunidad”, pensé emocionada.

Sin perder tiempo realicé algunos contactos y muy pronto me encontré ante la certeza de un nuevo trabajo. Pero la emoción por lo nuevo no me había permitido pensar en algo: mi experiencia sería diferente en muchos sentidos.

En un instante hice un rápido recuento de lo que yo aportarí para mi nuevo cargo. Como en una película pasaron por mi mente todas las experiencias de una vida realmente intensa, y por primera vez reconocí cada instante vivido como inmensamente valioso. Al mismo tiempo acepté con preocupación que no tenía estudios de licenciatura. Aún así decidí no dar un paso atrás y experimentarme en este nuevo papel. Las personas que me aceptaron para el cargo conocieron dicha carencia y confiaron en que podía superarla. La certeza ocupó ese espacio que la duda dejó y empecé mi labor como maestra de secundaria, de la misma manera que había asumido trabajos difíciles en otros tiempos.

Aún sin un título universitario había viajado hacia la ciudad de Medellín en febrero de 1979 para iniciar mi primer trabajo como química de control de calidad en un laboratorio farmacéutico muy conocido. Así se inició mi historia laboral. Por la necesidad de graduarme y de estar cerca de mi pequeño hijo y el resto de mi familia, regresé a Bogotá. Una vez que obtuve el título de Química de la Universidad Nacional, me desempeñé como examinadora de patentes, como analista en laboratorios químicos, como asesora de procesos químicos y durante cerca de veinte años como profesora universitaria.

Cada nuevo trabajo al que me enfrenté fue en principio complicado, pero con paciencia, observación y estudio, logré desempeñarlo. No solo aprendí métodos, técnicas, estrategias, teorías, sino que también aprendí el difícil arte de compartir espacios con personas de maneras de ser y costumbres muy variadas. Ciertamente en ese andar, haciendo el camino, pude abrir mi corazón y aprendí a comprender y a apreciar a cada ser en su justo valor. De tal manera que, en ese momento, no sabía cuál aprendizaje había sido más valioso, si los estudios realizados, la práctica de técnicas, la aplicación de métodos y estrategias o la convivencia con los otros.

Con este bagaje, el Instituto Técnico Industrial Centro don Bosco me abrió sus puertas e inicié lo que recuerdo como una de las más hermosas experiencias de toda mi vida: enseñar Ciencias Naturales a los niños de grado sexto. Estos chicos tenían mucha energía, parecía que pudieran jugar, pelear, quejarse y gritar un día entero sin parar. Eran alegres, graciosos y muy cercanos a mí. Además también tenían muchísima curiosidad, querían más conocimientos y realizar un montón de actividades.

Entonces recorríamos el colegio reconociendo las diferentes poblaciones de plantas y animales, no faltó quien se encontrara con culebras sabaneras, tomamos fotografías de las diferentes especies vegetales en el colegio, dibujamos los ecosistemas, hicimos campañas de aseo, trabajamos en la

pequeña granja escolar, observamos videos, reconocimos los animales disecados y los embriones conservados en formol del laboratorio de Biología, estudiamos la Tabla Periódica y realizamos muchas prácticas sencillas en el laboratorio de Química. Qué pasión tenían, era contagiosa, no pude sino amarlos con todo mi corazón. Sin embargo no todo fue color de rosa con estos pequeños.

Un día entré a uno de los salones de grado sexto para la clase de Química y encontré a todos los estudiantes gritando enloquecidos. Sin pensar mucho se me ocurrió algo: “Voy a decirles que griten todo lo quieran, de pronto se cansan de gritar y además es muy probable que se callen por el solo hecho de llevar la contraria”.

Pero para mi sorpresa la gritería fue tan fenomenal que en pocos instantes llegó el padre Medina, el vicerrector del colegio. De inmediato todos los niños se pusieron de pié, dieron el saludo de buenos días y quedaron en absoluto silencio.

— ¿Qué pasa aquí? —dijo él dirigiéndose a los niños—.

— La profesora nos dijo que gritáramos todo lo que quisiéramos y después no pudo callarnos —contestaron varios niños a una sola voz—.

Cuán lejos estaba yo de pensar que esa experiencia en el Centro Don Bosco iba a ser simplemente una pequeña muestra de lo que tendría que enfrentar durante los siguientes años en mi labor docente en el distrito. Una tarde, en los primeros días de una nueva experiencia con niños de sexto grado del Colegio Friedrich Naumann, entré al salón de clases. Era un salón en una casa de construcción antigua, un tanto oscuro y frío, con una ventana amplia a través de la cual se observaba el patio central del colegio.

Los pupitres de doble puesto, bastante desgastados por el uso, estaban organizados en tres filas. En una esquina se veía un armario que parecía lleno de materiales de clase y tenía aspecto de ser saqueado continuamente. El piso estaba completamente lleno de basura, con restos del refrigerio que acaban de consumir los estudiantes, bolsas plásticas y hojas de cuaderno enrolladas en forma de bolas.

Los chicos, eran de diferentes edades y, en su gran mayoría, parecían demasiado grandes para estar en sexto grado. Un rápido vistazo bastó para darme cuenta de que mi labor sería bien diferente a la realizada con los chicos de grado sexto en el Centro Don Bosco. Recordé mis experiencias anteriores y por un instante las añoré.

Atrás, muy atrás quedaba la experiencia en la universidad en una atmósfera de pulcritud, de respeto y de deseo por el conocimiento; y la experiencia en el Centro Don Bosco, en un ambiente místico y disciplinado, con un aprecio por la ciencia, la tecnología, la música y el deporte. ¿Qué me esperaba ahora?

Mientras pensaba en esto, observé a uno de los estudiantes, Christian, estaba sentado encima del pupitre con sus audífonos grandes puestos y nos miraba a todos con una amplia sonrisa. Era un chico alto y fornido, de tez morena rojiza marcada por el sol, tal vez su edad no es la adecuada para estar en sexto grado, pensé ya un poco preocupada.

— Christian —le dije— no podemos iniciar la clase hasta que te quites los audífonos, no está permitido usar aparatos musicales en la clase, además debes sentarte en el asiento, debemos conservar un orden para iniciar la clase. La única respuesta de Christian fue su amplia sonrisa.

Mientras tanto unos niños gritaban, otros lanzaban bolas de papel, otros se estaban golpeando y otros habían desbaratado los esferos y estaban haciendo con saliva y papel pequeñas bolitas para lanzárselas al más desprevenido. De pronto una de estas bolitas me cayó a mí, pero yo sabía muy bien quien la había lanzado, se trataba de Héctor. Era un chico poco amante del estudio, conflictivo e irrespetuoso, como quien dice, sin Dios y sin ley.

En tono fuerte me dirigí a Héctor y le hablé del deber y del respeto mutuo, pero él no aceptó ser el responsable. Manteniendo la cordura intenté volver al orden a los demás niños, pero la situación se tornó cada vez más caótica. Me pregunté “¿qué voy a hacer aquí?, ¿cómo puedo resolver tantas situaciones juntas?”. Por un momento me invadió un total sentimiento de impotencia.

Estas primeras experiencias como docente de secundaria me permitieron reconocer que algunas de mis acciones en el aula carecían de un fundamento teórico, que yo las realizaba por intuición y a veces no tenían el efecto esperado. También fui comprendiendo que mi labor debía ir más allá de enseñar Ciencias Naturales, que debía asumir mi papel como líder de unos niños que a gritos pedían ser formados.

Ante esta reflexión consideré que era urgente retomar los estudios de maestría en Docencia que había abandonado años atrás. Con muchas dificultades y en medio de tristes acontecimientos familiares obtuve mi título en 2009. Ahora ya podía caminar con pasos un poco más firmes.

Desde luego que los estudios me dieron nuevas pistas acerca del trabajo y por tanto una mayor seguridad en el aula, profundicé en la filosofía, la epistemología, la pedagogía, la didáctica, la psicología, la ética, la comunicación. Me di a la dura tarea de acercarme a Emmanuel Kant, Jean Piaget, Lawrence, Kolbert, Lev Vygostky, David Ausubel, Jerome Bruner y otros grandes pensadores.

Aprendí más teorías, estrategias, modelos y, en general, mas conocimientos imprescindibles en la labor docente. Así comprendí un poco acerca de los múltiples procesos que se desarrollan en el aula y de la complejidad de la labor docente. Los nuevos conocimientos y las experiencias me pusieron frente a la necesidad de una transformación.

Tuve que asumir cada vez con más energía mis funciones de líder, de esa persona que es quien debe ejercer el poder en el aula con el planteamiento y puesta en acción de las normas que permitan la construcción del conocimiento, en un ambiente de sana convivencia, y la formación en actitudes y valores de los estudiantes. Pero la verdad es que no hay un solo día en que no aprenda algo en mi interacción con los estudiantes y reconozca que aún debo darles más, mucho más y seguirme transformando.